

JAIME ANTÚNEZ ALDUNATE

EL COMIENZO DE LA HISTORIA

Impresiones y Reflexiones sobre Rusia y Europa Central

Prólogo de
JOSÉ RODRÍGUEZ ELIZONDO

PRÓLOGO

Por José Rodríguez Elizondo

Premio Nacional de Humanidades y
Ciencias Sociales 2021

|

Aunque publicado en 1992, sólo recientemente tuve noticia de este libro. *Mea culpa*. Me lo regaló su autor con una sugerencia entre modesta y misteriosa: “Creo que puede interesarte”.

De momento lo puse en mi lista de espera —siempre demasiado nutrida—, hasta una noche en que, tras hojearlo, ya no lo pude soltar. El texto de Jaime Antúnez me interpelaba desde mi dispersión vocacional, mi agnosticismo de baja intensidad, mi preocupación por la fragilidad de la democracia y mis vivencias en el socialismo real.

A poco leer me transportó, vía *flashback*, a dos días de mi vida en la República Democrática Alemana, a mediados de los años 70 del siglo pasado. En el primer pantallazo, me revisitó en una sala espaciosa de la Karl Marx Universität, de Leipzig, ante un enorme mural —una gigantografía al óleo— en clave de realismo socialista. Un profesor me explicaba, entre crítico y risueño, cuantos académicos, obreros, campesinos y estudiantes y en qué proporciones debió insertar el pintor, siguiendo pautas estéticas de la autoridad. En el segundo pantallazo yo, individuo solo, estaba en el quinto piso de un edificio institucional, tratando de entrar a un ascensor poco inteligente. El funcionario a su cargo ni siquiera me miraba y tampoco hacía gesto alguno para invitarme a

entrar al vetusto aparato. En mi precario alemán le pregunté si la máquina estaba malograda y su respuesta me sorprendió: *Gruppen nur*, mascullo. El no bajaba ni subía sólo para una persona.

Lo colectivo mandaba. Como individuos, calificados o no, el pintor y yo valíamos poco.

II

Tras la caída del muro en Alemania, el fin de la soberanía limitada de los otros países de Europa Central y el desmembramiento de la Unión Soviética, Jaime —a la sazón editor cultural de El Mercurio— viajó a los sitios de los sucesos para reportear el fenómeno en vivo y en directo.

Su foco de interés no era la eventual inserción de la exUnión Soviética y sus repúblicas subordinadas en el Occidente demoliberal. Para eso estaban Francis Fukuyama y otros expertos. Desde su fe ilustrada, él llegaba para auscultar el corazón cultural del mundo excomunista. Debía determinar si, tras siete décadas de ateísmo institucionalizado, agonizaba o sobrevivía su vinculación ancestral con el misticismo.

Los testimonios que recogió en este libro —de filósofos, críticos de arte, científicos, académicos, estudiantes, religiosos en activo y religiosos disidentes de alto nivel— lucen en línea con su hipótesis tácita. Conuerdan en que la cultura tiene siempre orígenes místicos y que, entre Lenin y Leonid Brezhnev, la espiritualidad panrusa sobrevivió desde las catacumbas. Pero, a partir de ahí, la textura de esos testimonios se hace progresivamente más rica y compleja. Dicen, como subtexto, que aquel *complex* místico-cultural tenía variables domésticas e internacionales sustantivas, en aquello que Karl Marx concebía como “superestructuras”.

III

Marx, quien más que un pensador de la política fue un pensador de todo, percibía que bajo el pavimento de su materialismo estaba la espiritualidad de la gente común. De hecho, sus conocidas “tesis sobre Feuerbach” fueron cuñas polémicas sobre “los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo”. En esa línea, su racionalidad dialéctica castigaba a la religión en cuanto “opio del pueblo”, pero no llegaba a la negación de un Ser Supremo. Más agnóstico que ateo, decía que “nada se sabe de la existencia de Dios”.

Lenin, en cuanto ejecutor de Marx y pensador político unidimensional, mostró su respeto a la fuerza oculta de la religiosidad de manera oblicua: construyó un partido de estructura eclesial, con una sede supranacional, sedes nacionales, jerarquías rígidas, libros sagrados, ideólogos inquisitoriales, misioneros trotamundos, herejes condenados, mártires venerados y funcionarios profesionales. El himno emblemático de esa iglesia laica contenía una promesa congruente: “el mundo será un paraíso de toda la humanidad”.

Con esos antecedentes puede decirse, con léxico marxiano, que la superestructura cultural de la guerra fría contenía una contradicción irreductible. Por una parte, el ateísmo en formato religioso; por la otra, las distintas variables de la religiosidad y del agnosticismo. Por ello, plantear que la implosión soviética marcaría un gran final convergente, con impacto en la infraestructura económica y las otras superestructuras, era subestimar el peso de lo espiritual en la existencia humana.

Más prudente habría sido reconocer, desde las más altas instancias docentes y políticas del mundo, que el futuro posible tras el fin de la guerra fría no estaría signado por el juego de suma cero. Imperios con tanta solera histórica como el zarista y el soviético, no desaparecen sino que se transforman.

IV

Lo más notable de este libro es que, por vías no politológicas, dio luces tempranas sobre el cuadro político internacional vigente.

En efecto, los entrevistados de Jaime ya evidenciaban el recelo a la asimilación de una cultura capitalista-consumista considerada de muy bajo nivel y bajo liderazgos políticos dudosos. Incluso pronosticaban una réplica rusa chauvinista y pagana, “con grave peligro para ese Occidente que hoy se emula”. Fue como si se adivinara que, tras los temidos o respetados enemigos de antaño, llegarían amigos como Donald Trump, con su cohorte de barbarie.

En ese marco receloso, la crónica política ha ido mostrando dos desarrollos negativos e interrelacionados. El primero, un avance de la OTAN hacia las fronteras de la exURSS, que revelaba una pésima decodificación geopolítica por parte de los líderes de los Estados Unidos y la Unión Europea. El segundo, la sustitución de la economía soviética, centralmente planificada, por una economía inclasificable, donde la libre competencia es casi una ilusión y la corrupción casi una constante.

Sorprende agregar que, ya en 1993, este libro haya tenido lectores que percibieron bien lo señalado. Uno de ellos, Francisco “Cato” Orrego, (Q.E.P.D.) opinó entonces que, en medio de “una explosión de nacionalismos”, Rusia entraría en conflictos con las repúblicas liberadas, y aventuró una profecía exacta: “va a haber, con seguridad, una proyección internacional rusa nueva, porque está en su geografía y está en su historia”.

La anexión rusa de Crimea, en 2014 y la actual guerra en Ucrania, le han dado la más triste de las confirmaciones. La ecuación de la coyuntura muestra un Vladimir Putin más tributario de Iván el Terrible que de Mijail Gorbachov y abre perspectivas ominosas sobre el futuro de la paz mundial.

V

En resumidas cuentas, este libro deja en claro que el materialismo soviético septuagenario quiso, pero no pudo, eliminar el espiritualismo milenarista. También sugiere que el intento de Gorbachov de convertir a la URSS en una democracia estaba condenado *ab initio* porque, a la inversa de los líderes comunistas chinos, quedó atrapado en tierra de nadie. Entre la resistencia del sistema comunista que agonizaba y el imposible apoyo de las fuerzas que ese sistema había excluido.

Por eso, como dice su título premonitorio, el espacio imperial antes zarista y luego soviético, hoy es el escenario de una historia nueva. También una historia prosaica y enigmática, pues cada vez se aleja más de la ilusión de un orden mundial democrático y baja más el umbral para el espanto mayor.

Entre los fulgores y oscuridades de lo que está sucediendo, lo más seguro es que los nuevos buceadores de la fe ya no sepan dónde buscar el misticismo perdido. Quizás Jaime pueda ayudarlos evocando a Dostoievski y asumiendo que en esta nueva historia todo es posible, incluyendo la reaparición de Dios.

UN NUEVO COMIENZO EN LA HISTORIA

Por Juan de Dios Vial Correa

*Dr. Juan de Dios Vial Correa (1925-2020), a la fecha Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile



El doctor Vial Correa, rector de la Universidad Católica, junto al autor de EL COMIENZO DE LA HISTORIA Jaime Antúnez, durante la presentación del libro en el Museo Nacional de Bellas Artes.

El autor de este libro, Jaime Antúnez, ha tenido un rol destacado en nuestra vida nacional dirigiendo por años el Cuerpo E de “El Mercurio” dominical. Esto representa una contribución singularmente valiosa a la cultura, porque parte de la base de que los fenómenos que surgen a diario en el mundo y que nos impresionan por sus cambios impredecibles y por la brusquedad con la que alteran la vida de la humanidad, son fenómenos que tienen raíces culturales muy profundas.

No se entiende la política sin la historia, así como no se entiende ninguna gran acción individual sin el entramado de la cultura en que se da.

El periodismo habitual apunta a lo novedoso, a registrar la aparición instantánea de una realidad nueva-noticia. Pero para que esa noticia permita entender el mundo, hay que acompañarla con esta otra dimensión —en profundidad— que es el terreno propio de ese cuerpo periodístico dirigido por Jaime Antúnez con tanto acierto.

El libro que se lanza hoy día tiene, a mi juicio, un lugar en esa forma de mirar, leer y explicar la realidad. Estamos en la época

de la manipulación científico-técnica del ser humano. La realidad es leída y explicada en clave de poder, de manipulación, como lo fue en forma paradigmática durante la Guerra Fría. **El colapso de la URSS, sin embargo, vino a poner al desnudo no sólo los horrores de un mundo casi inconcebible, sino también la vaciedad espiritual de la sociedad occidental, la que al perder un enemigo parecía perder una razón de vivir. Los analistas que veían derrumbarse el imperio soviético podían vislumbrar una especie de fin de la historia. Pero por todos lados se advertía un soplo nuevo, un verdadero comienzo de historia.**

El mundo de la modernidad había vivido en la creencia de procesos históricos inexorables, que tenían un sentido definido, una especie de meta: el progreso, la sociedad sin clases. Esa creencia, que se venía carcomiendo hacía tiempo, se hizo insostenible al derrumbarse su expresión política más notoria. La ignominia de la masacre de Katyn, la experiencia del Gulag, eran como modos de corroborar que el más prestigioso éxito político que hubiera alcanzado una teoría global de la historia humana había fracasado. **Y habían surgido causas inesperadas del colapso, circunstancias o personas que no deberían haber contado en un proceso histórico global: Polonia que fue como la pequeña piedra que se estrelló contra el gran edificio y lo pulverizó, como lo recuerda Jaime Antúnez; Juan Pablo II, Alexander Solzhenitsyn, quienes sometieron a la prueba de la verdad a ese gigante y de los cuales nos hablan también capítulos fascinantes de la obra.**

Pero la caída de un ídolo no habla por sí sola del verdadero Dios. En Occidente se había venido enfriando la fe en los *procesos históricos*, pero a sus expensas ha surgido en la fe en los mecanismos, la convicción de que la articulación de pequeños procesos elementales, aplicados sucesivamente, aún en ausencia de cualquier forma de sentido, sea capaz de generar la novedad

constante que necesitamos como alimento espiritual. Es algo así como el mecanismo de interacción de la secuencia de pasos de una computadora, algo como el juego de las leyes moleculares del mercado. Pero por interesantes —incluso fascinantes— que sean estos procesos que descubre de continuo en la mentalidad moderna, ellos dejan una cierta sensación de vacío.

Es aquí cuando la mirada se vuelve instintivamente a las grandes encrucijadas de la historia. Venimos del mismo tronco espiritual que la Europa del Este. Un tronco que se había venido desgajando por siglos, y cuyas últimas manifestaciones nos fueron bloqueadas hace 70 años, después de la Revolución de Octubre 1917. Pero, tal como lo desarrolla Jaime Antúnez, tiene una atracción particular un mundo cristiano que no pasó por la modernidad. No adquirió valores que hicieron que esta fuera una época tan brillante de la historia; pero no sacrificó tampoco, por lo mismo, valores espirituales que le venían de la venerable antigüedad de la cristiandad griega. **No conoció la libertad política, pero amó una forma de libertad interior cuyo espacio podría venir a enriquecer el de nuestra propia libertad, que tantas veces se confunde con la afirmación de una voluntad que no hace referencia a la verdad. Privilegió una intelectualidad imbuida de ese espíritu religioso y de una aguda responsabilidad moral. No es por nada que hombres como Dostoievski y Soloviev nos vienen a recordar de continuo que, sumergidos como estamos en nuestro mundo funcional, somos terriblemente ingenuos frente al mal.** Es cierto que la Iglesia rusa fue complaciente desde siempre con el poder, pero es también cierto que estuvo penetrada, traspasada, por un sentido de la grandeza y de la gloria de Dios.

Ahora, cuando asomaba un mundo gris de uniformidad complaciente, cuando nos podíamos hacer la ilusión de que las particularidades nacionales se borraban, ellas surgen con fuerza y

hasta con violencia. La personalidad humana se rebela contra el esfuerzo por reducirla a un simple esquema, a un género. Encontramos la riqueza en la variedad, aunque ella sea dolorosa, y vemos en la variedad la expresión de una oculta unidad que prevalece y que nos habla de nuestra propia identidad.

Alguien decía que el estudio —el amor— por los padres de la Iglesia es vital para la teología, porque él nos transporta al tiempo interior a la gran exhibición, al momento de una unidad primigenia cuyo sentido nos es siempre posible recobrar. Creo que el contacto con el Este europeo tiene un efecto análogo: nos conduce a raíces muy alejadas, pero a través de la cual sigue llegándonos parte de la savia que nutre nuestras conductas y actitudes.

Pero para el público en general ese contacto sólo se puede alcanzar en primera aproximación cuando toca sin prejuicios la realidad que queda, cuando trata de ver en los trozos quebrados del vaso lo que fue un día su forma armoniosa y completa; cuando hurde las manos bajo la superficie engañosa, cuando pone el oído atento e inteligente a los débiles ecos que suenan hoy todavía y que hablan del pasado. Y eso se consigue conociendo a los hombres y mujeres que están directamente injertados en esa tradición. Eso sólo nos lo pueden procurar obras como ésta que hoy se presenta y agradece, y a través de cuyas páginas, poco a poco, se siente emerger una realidad y que —como decía— está viva en la Europa del Este, lo que no podría naturalmente extrañarnos pero que está también viva en nosotros; cuya reintegración nos devuelve a un camino que parecía perdido y nos introduce en un nuevo comienzo en la historia.

EL ALFA Y EL OMEGA DE LA HISTORIA

*Palabras pronunciadas por el editor de Artes y Letras de “El Mercurio”, Jaime Antúnez, en el acto de presentación de su último libro.

Como se señala en la introducción del libro, “El comienzo de la historia” no tiene la pretenciosa osadía de querer dar alguna especie de explicación cerrada y concluyente de lo que aconteció y sigue aconteciendo en las naciones del Este europeo. Su material está más bien hecho de impresiones recogidas en el lugar de los hechos, en torno a los cuales, y consciente del carácter a menudo contradictorio de estos, reflexiono tratando de indagar en sus causas.

Diversas facetas se desprenden, entretanto, del libro que presentamos.

Implica él, desde luego, una meditación acerca del así llamado “mundo libre”, cuyo circuito ideológico está en la raíz y origen de la tragedia secular vivida por las naciones del Este. El comunismo, en efecto, es una creación occidental, la expresión más radical del espíritu del racionalismo ilustrado, ha dicho Vaclav Havel, en su vertiente agnóstica o atea. El desastre y abatimiento sufrido por Rusia y Europa Central interpela así también al secularismo dominante en la cultura de nuestro hemisferio, viniendo muy al caso aquí las palabras de Juan Pablo II dirigidas, a propósito de estos hechos, al cuerpo diplomático asentado

en Roma y más tarde a los intelectuales en Praga: “cuándo el hombre se convierte en la medida única de todo, sin referencia a aquel de quien todo viene y hacia el que todo camina, rápidamente se convierte en esclavo de su propia finitud (...) sin el sentido de lo trascendente, todo tipo de cultura queda como un fragmento informe, como la inacabada torre de Babel”.

Es ésta la lección que hoy nos enseñan los despojos del Este. A la luz de las causas que se señalan —en la referida cita y en diversas partes del libro— debe, empero, claramente comprenderse que esas dramáticas circunstancias no les están de ningún modo reservadas en exclusividad a estas naciones.

Otro aspecto de este libro es, también, la búsqueda de elementos discernibles en el trasfondo cultural de esos pueblos, en orden a explicarse su impermeabilidad frente al contexto ideológico que los dominaba, y el hecho, por fin, de que éste no haya podido allí hacerse verdadera cultura. El colapso del sistema comunista verificado en el Este europeo de un día para otro, ante el asombro del mundo entero, que de ningún modo lo esperaba, es la prueba más evidente de qué aquel fenómeno se ubica en una esfera que está más allá de la política, en cuya superficie equívoca y fugaz permanecen no obstante casi siempre estacionadas la atención y la noticia.

En tal línea de consideraciones, la perspectiva esperanzadora que fluye del enfoque que hacen estas páginas, habrá sin duda de contrastar con ese otro enfoque, de carácter cotidiano —en exclusiva político y económico— que nos entrega la mayoría de la prensa occidental, sobreabundante en pesimismo y desesperanza acerca del futuro que aguarda a los pueblos del mundo ex comunista.

Aparte de motivos interesados y de muy diversa índole que pueden intervenir, no sería de extrañar, que un subyacente racionalismo,

heredero también de los grandes sistemas de ingeniería social que han dominado la vida política de todo el siglo, sea el que en realidad impida la percepción de aquellos fenómenos espirituales, altamente esperanzadores, que han sido factor determinante en el cambio vivido entre 1989 y 1991.

El problema contenido en estas diferencias no es simple y compromete en definitiva la propia vocación por la verdad inherente al periodismo.

Pienso que si las páginas de la prensa han de ser los testigos verdaderos y veraces de su tiempo, no pueden limitarse a ser expresión exclusivamente de aquello que acontece en la superficie de los hechos, aunque por supuesto deban dar cuenta de ello. Su vocación por la verdad les debe exigir estar abiertas y preparadas para discernir asimismo lo que fluye en esos espacios más profundos, que son los que condicionan a la superficie.

Para bien o para mal, sin embargo, los hechos que en definitiva marcan la historia, cuando acontecen, no le piden permiso a los noticiarios. Son estos los que pierden o aprovechan la oportunidad de discernirlos. La opinión pública y el tiempo ejercerán por su parte un juicio insoslayable sobre la conducta de esos informantes.

Hay que decir que, bajo la dirección de Agustín Edwards, cabe a “El Mercurio” el mérito de haber sido de los diarios que más en serio indagaron allí —durante los momentos cruciales vividos hasta diciembre del año pasado— en ese conjunto de realidades que están antes que la política. Y que la condicionan y determinan, porque responden al modo de valorar y de sentir más profundo e íntimo de un pueblo. Vale decir, en aquello que entendemos por cultura. Dicha indagación ocupó muchas páginas del cuerpo especial “Artes y Letras” desde antes de 1989 y de modo más extenso en el segundo semestre de 1991. Revisadas y

actualizadas, tales impresiones constituyen la base de reflexión de este libro que ahora se entrega.

De manera sensiblemente diferente a lo que acontece con otras naciones de latitudes extremas, asiáticas o euroasiáticas, en el caso particular de Rusia, el autor puede dar testimonio que ha sentido en esta atmósfera, como en pocas partes, la vívida presencia de un *Logos* que enlaza los siglos, unifica la existencia y que la atraviesa incluso en sus momentos más azarosos. Dicha presencia, me parece firmemente que no es otra que la de aquel que San Juan llama “el Alfa y el Omega de la historia”. Tras los sufrimientos y contrariedades de tres cuartos de siglo, se la puede incluso palpar de manera más fuerte que en Occidente. Ella, por cierto, es también muy sensible en naciones como Hungría y Checoslovaquia, y sumamente evidente en otras como Polonia y Ucrania.

¿De dónde parte, sino de ahí, esa capacidad de revivir desde las cenizas y de iluminar incluso más allá de sus horizontes, de que da ejemplo ese mundo que describen las páginas del presente libro?

Es la vitalidad rejuvenecedora de esa fuerza misteriosa y divina la que precisamente nos ha sugerido, a último momento, el título del libro. En verdad la historia no termina. Recomienza siempre. Y si de algún término podemos hablar, sólo podrá ser éste, aquel que determine ese mismo Alfa y Omega, Señor de los tiempos, cuando por fin quiera recapitularlo todo en Sí.

Las cosas buenas son para difundirse, señala un viejo adagio latino. Tal es el propósito que ha perseguido la escritura de este libro. El de hacer partícipe a los lectores en la revelación de una realidad que para el autor fue en su momento de gran provecho conocer, y que espera lo sea igualmente para todos ustedes.

Jaime Antúnez Aldunate

ESCUCHAR

*Extracto de la palabras pronunciadas en nombre de los editores “Patris” y “Universidad Gabriela Mistral”.

Puedo decirles que la edición de este nuevo título ha sido para nosotros motivo de gran satisfacción. Por exigencias de la labor editorial, hemos debido leer y releer varias veces el trabajo, inclinándonos sobre el manuscrito en una actitud hondamente reflexiva.

Al “escuchar” lo que Jaime Antúnez relata para nosotros, hemos podido ver con claridad que él, a su vez, ha sabido “escuchar”, con gran lucidez y discernimiento, la verdad de lo que ocurrió en ese lejano y dilatado territorio del imperio comunista. Solemos decir que es preciso escuchar las voces del tiempo y de Dios. Ciertamente creemos que así lo ha hecho Jaime Antúnez al ofrecernos el fruto de sus observaciones, vivencias y reflexiones a lo largo de varios viajes a Rusia y Europa Central.

Por lo expuesto me animo a decirles, en conciencia, que algo realmente importante se dice en este libro. Pero no me corresponde a mí hablar de su contenido. Sin embargo, no puedo concluir sin agregar un último comentario. No es casual que aparezca hoy este trabajo de Jaime Antúnez. Creo, más allá de las consideraciones explícitas que hace el autor, que estamos recibiendo una señal a la que debiéramos prestar atención. Los habitantes del ex imperio soviético no pueden dejar de preguntarse: ¿qué clase de vida y de sociedad nos conviene adoptar

ahora? En cambio, en Occidente, donde debiéramos plantearnos preguntas similares, hacerlo así sólo puede ser resultado de una onda de reflexión, sin el tremendo imperativo que exige un sistema que se derrumbó. Es importante reflexionar sobre la naturaleza de los cambios que podrían ser hechos en nuestro mundo, renunciando a cierta ceguera que nos aqueja frente a zonas oscuras de nuestra sociedad. El libro de Jaime Antúnez, a mi juicio, es un aporte valioso en el marco de esa reflexión.

Ha sido un verdadero placer intelectual y espiritual convivir muchas semanas con este manuscrito, que finalmente hoy ha nacido. Doy las gracias por ello al autor.

Mario V. Tubert

FORO PANEL

EL COMIENZO DE LA HISTORIA

*Con ocasión del relanzamiento del libro “El Comienzo de la Historia - Impresiones y Reflexiones sobre Rusia y Europa Central”, tuvo lugar en el Instituto Cultural de Providencia un animado y sustancioso debate.

*Se transcriben aquí, de su versión magnetofónica, los principales apartes de lo tratado. Ocuparon la mesa monseñor Bernardino Piñera, los profesores Olga Ulianova, Francisco Orrego y Jaime Antúnez, editor de Artes y Letras y autor del libro en cuestión.

Monseñor Bernardino Piñera

*Monseñor Bernardino Piñera Carvallo (1915 - 2020), obispo de La Serena, Secretario de la Conferencia Episcopal, miembro de número de la Academia de Medicina del Instituto de Chile.

Yo he leído casi paralelamente con **el libro de Jaime Antúnez**, que tengo aquí, **el de Luis Corvalán**, titulado “El derrumbe del poder soviético”. Ambos autores son chilenos y ambos tratan más o menos el mismo tema. Sin embargo, **los dos libros son muy diferentes y en cierta manera se iluminan mutuamente, se complementan y se justifican el uno por el otro**. El libro de Corvalán lo he leído con interés. El autor ha pertenecido al Partido Comunista chileno durante más de sesenta años y ha sido Secretario General, o sea, la máxima autoridad de su partido durante más

de treinta años. Además, viajó muchas veces a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y ha permanecido en ella durante varios años, precisamente los que precedieron el derrumbe que analiza en su libro. Su testimonio es el de un autor lejano, pero muy comprometido en el drama que él expone. El libro lo he leído, además, con simpatía, porque no hay en él una sola palabra de odio o rencor, ni siquiera de frustración. Se advierte dolor, sí, pero un dolor sereno. Corvalán no culpa a nadie, trata de entender lo que pasó y de exponerlo y explicarlo en forma desapasionada, casi fría, y él no pierde la fe en la causa abrazada en su adolescencia y tampoco las esperanzas en el futuro.

Pero hay en su libro un gran ausente y es el hombre. Hay discursos de jefes soviéticos, acuerdos tomados en congresos, análisis, discusiones, decisiones; pero todo parece abstracto, académico, exangüe, diría yo. No se ve al hombre, no se ve al jerarca ni al militante ni al ciudadano común y corriente. Hay ideas, pero no se oye el latido de ningún corazón humano. Pareciera que los cientos de millones de hombres que formaron la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, los que habitaban los países de Europa Oriental y Central o los que militaban en los partidos comunistas del mundo entero fueran seres abstractos, manejados por circulares o por consignas, no hombres y mujeres de carne, sangre y alma, con anhelos, con pasiones, con esperanzas, con inquietudes. Y es allí donde uno aprecia el valor del libro de Jaime Antúnez.

Él es ajeno al mundo marxista, y crítico de la ideología marxista, y sin embargo, o tal vez por eso mismo, en una corta estada en el lugar de los sucesos que él narra descubre al hombre, conversa con universitarios, con funcionarios, con Papas y monjes, con científicos, literatos y artistas; nos transmite estados de ánimo, esperanzados o depresivos; nos hace sentir el rumor de las

muchedumbres y escuchar testimonios íntimos, que nos revelan un pueblo semejante a nosotros, el ser humano que persiste tras un implacable experimento de ingeniería social, que duró 70 años y que aflora hoy día confuso, inseguro, pero vivo, compartiendo nuestras mismas ansias y temores, nuestras esperanzas y nuestros desalientos.

Esto es a mi juicio, el primer mérito del libro de Jaime Antúnez. No nos habla, como lo hace Corvalán, de ideologías abstractas o de políticas en el papel; nos habla del hombre y de la mujer rusos, polacos, checos o húngaros de hoy, y reconocemos en ellos, vivos y concretos, a hombres y mujeres como nosotros, a hermanos.

Un segundo mérito del libro de Jaime Antúnez es el punto de vista en que se ubica para juzgar lo que él ve. No es la actitud habitual del Occidente frente al Oriente o del primer mundo frente al segundo o del mundo capitalista frente al mundo socialista. Casi diría que el Occidente sale tan mal parado como el Oriente. **Jaime Antúnez asume un punto de vista independiente y crítico frente ambos mundos culturales, el punto de vista del cristiano, que pocas veces se expresa con la claridad y con la intensidad con que lo hace el autor. Y esto le permite constatar las reservas espirituales y éticas del mundo que comienza su historia y contrastarlas con la decadencia espiritual y moral de la cultura, que aún a veces se llama cultura cristiana occidental;** le permite constatar también los destrozos producidos por una cultura atea en la conciencia de los pueblos de Oriente y de Occidente.

El libro, en definitiva, es esperanzador, y es su tercer mérito: muestra la impotencia de las filosofías políticas para transformar al ser humano en sus capas profundas; muestra la fuerza persistente de la fe religiosa, pese a todas las dificultades, porque

el hombre la necesita y la desea, porque lleva en sí la huella del Dios que lo creó, y expresa un gran anhelo, que el Occidente no contamine a un Oriente que se abre hacia él, que lo deje buscar su propio camino en la fidelidad a sus tradiciones ancestrales y a su índole religiosa y mística.

Olga Ulianova

*Olga Ulianova (1963-2016), historiadora rusa nacionalizada chilena, doctora por la Universidad Lomonosov.

En primer lugar quiero agradecer a los presentes, y a todos los que se reunieron hoy día aquí, por el interés que de esta manera manifiestan por la problemática y los destinos de mi país. Y quisiera nuevamente felicitar a Jaime Antúnez por su excelente libro.

Desde hace ya siete años todo el mundo tiene en mira los acontecimientos que se desarrollan a gran velocidad en la que es ya la ex Unión Soviética. Todos los días, prácticamente todos los medios de comunicación occidental nos traen informaciones breves o extensas, sobre lo que ocurre en Moscú, San Peterburgo, Kiev, capitales bálticas, etc. Pero lamentablemente la mayoría de estas informaciones parten de la mentalidad de las culturas a las que pertenecen sus autores, sin tratar de mirar lo que pasa en otras latitudes, tal vez sin tratar de tomar en cuenta como piensan, como sienten, como viven los hombres de aquellos lados. Y a mi modo de ver, **el gran mérito del libro de Jaime Antúnez es que nos muestra lo que pasa hoy día en Rusia y en los países vecinos, no solamente como acontecimientos de la coyuntura política, sino que trata de comprender desde sus raíces estos procesos, a través de una visión de la cultura,**

de la identidad nacional, de la espiritualidad, de la religiosidad de mi pueblo. Y en realidad este es el único camino para comprender qué es lo que ocurre allá. Las visiones desde el punto de vista de las ciencias políticas occidentales generalmente nos dejan una percepción que queda más o menos en la misma dimensión de ideologías, proyectos, conceptos, de un lenguaje hermético, que efectivamente no deja espacio para el hombre. Igual como los esquemas herméticos y cerrados marxistas, que trataban de explicar la realidad de aquellos países y del mundo en general, y que tampoco sirven. La única manera de poder comprender la vida social del hombre es también tomando en cuenta su dimensión espiritual. Y esta es la visión de los procesos que ocurren en Rusia, en Europa oriental, que presenta el libro de Jaime Antúnez.

Me parece un hecho extraordinariamente maravilloso que en los viajes tan cortos que Jaime hizo pudo comprender y —lo que me parece aún más importante— sentir mejor el mundo ruso, el mundo eslavo, su cultura, su espíritu, que mucha gente, muchos occidentales que hasta han vivido años y décadas en mi país. Y me parece que lo que hizo posible esta comprensión mucho más profunda es la visión, el enfoque cristiano de este libro. Si nosotros hablamos de la cultura rusa, de su cultura milenaria, vemos que es una cultura de una religiosidad, de un sentimiento cristiano muy profundo, que se conservó a pesar de todo y debajo de todos los ropajes ideológicos. Hasta podríamos decir que el mismo advenimiento de las ideas revolucionarias en Rusia, hasta el marxismo en Rusia, no era lo mismo que el marxismo en el Occidente: era una especie de religión, pero una religión que en vez de Dios intentó poner un ídolo y tal vez por eso fracasó. A nosotros ahora presenciando las reformas muy profundas, que van por caminos absolutamente desconocidos,

que ocurren en la ex Unión Soviética, en Rusia y los países vecinos —tal vez no tenemos recetas para esas reformas económicas, para esas reformas políticas— de repente todo lo que ocurre allá, en estos ámbitos, nos parece un túnel oscuro y sin salida. Sin embargo —los acontecimientos recientes lo demuestran—, la gente que vive allá no pierde la esperanza y no pierde la fe. Y esta es la misma fe que durante milenios ha podido conservar a este pueblo; es la misma fe que le permitió durante tres siglos mantener su identidad cultural bajo el yugo tártaro, conservar su idioma, conservar su religiosidad; que le permitió conservar su espíritu bajo las formas más distintas del dominio imperial, tanto del imperio occidental de San Petersburgo, de Rusia, como también del imperio comunista, porque en definitiva lo que se quiso implantar bajo la forma de un sistema comunista en la ex Unión Soviética fue otro intento del mismo proyecto del imperio global mundial, que en una u otra forma ha aparecido en la historia rusa.

La misma fe entonces es la que se conserva. Tal vez más que la fe en uno que otro proyecto político o en conceptos occidentales de libertad o democracia, nuevamente concebidos como conceptos abstractos. Es, empero, la fe en que Rusia puede llegar a tiempos mejores, esta fue que se hizo valer en el referéndum que se dio hace pocos días en mi país, y que a pesar de todo, a pesar de todas las crisis, a pesar de la aparente falta de proyectos y de la oscuridad, demostró que el pueblo no pierde la fe y no pierde la esperanza.

En el siglo pasado, el gran poeta ruso Tiutchev escribió que Rusia no se puede medir con las medidas habituales, que tiene su estatura especial, y que, por fin, en Rusia se puede solamente creer, sólo se puede tener fe en ella. Y el libro de Jaime Antúnez tiene esta enorme fe en Rusia y enorme fe en el hombre; yo creo que este es su mayor valor.

Francisco Orrego Vicuña

*Francisco Orrego Vicuña (1942 - 2018). Jurista, diplomático, fue presidente de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile.

El libro que tenemos la oportunidad de comentar esta tarde, en parte conscientemente, pero en parte quizás inconscientemente, ha llevado a Jaime Antúnez a participar en una de las grandes polémicas sobre los enfoques relativos al papel de determinadas naciones e imperios en las relaciones internacionales contemporáneas. Y es a este campo específico que quisiera referirme.

La polémica que Jaime ciertamente tiene presente en su libro, y que su título así lo insinúa, es el “comienzo de la historia” versus la tesis de Fukuyama del “fin de la historia”. Pero al mismo tiempo, cómo vamos a tener ocasión de comentarlo, **hay un problema en el sentido metafórico, si se quiere, en cuanto quizás no estemos frente a un fin ni a un comienzo, sino que, como lo han destacado los que me precedieron en el uso de la palabra, estamos quizás frente a un aspecto más bien de reencuentro de Rusia con su historia.** Y es a este ángulo que también quisiera referirme, como preámbulo, de la escena internacional más amplia. Para este efecto he traído un mapa que es interesante en cuanto muestra qué es lo que es la antigua Unión Soviética hoy día, dos años después, virtualmente, de su explosión formal como imperio. Y este mapa lo que muestra en primer lugar es la inmensidad de Rusia actual, desde el Báltico, por una parte, tocando algunas áreas del Mar Negro y el Caspio, por otra, extendiéndose por todo el continente europeo, para comenzar; el centroasiático y el extremo asiático, para continuar.

Esa influencia de Oriente en cuanto a la geografía —las estepas, las llanuras, las montañas— **determinó que Rusia en realidad fuese una potencia en medio de dos mundos, histórica y contemporáneamente. Es el Oriente, por una parte, fuente de invasiones, como se lo escuchábamos a Olga, tártara y otras; pero también es Occidente, en cuanto al corazón de la Rusia más tradicional. Y esta situación determinó en gran medida una política de equilibrio ruso a través de la historia, en que, frente a determinadas amenazas que venían de las estepas, tenía sus contrapesos en culturas occidentales, llámense Alemania o Polonia o Suecia, o muchas otras, incluyendo los estados bálticos, que tuvieron una presencia importante en esta historia de Rusia. En particular quisiera destacar el papel de Polonia en este sentido, que llevó a que fuera el punto más directo de nexo entre Rusia y Occidente, con todas sus ventajas y desventajas.**

Una nación que se extiende en dos y más continentes —porque formalmente se habla de Europa y Asia, pero en realidad estamos frente a Europa, parte cercana al Medio Oriente, luego Asia Central y así sucesivamente, dos continentes y más, varios océanos, el Atlántico a través del Báltico, el Pacífico, el Ártico, además de varios mares, el Mar Negro, el Caspio, el acceso al Mediterráneo y otros—, **una nación que tiene esas características tiene un papel global por esencia y naturaleza. ¿Y esto a que me lleva? Me lleva a sostener que no hay una desaparición de Rusia de la escena internacional. Es un error, a mi modo de ver, pensar que Rusia se eclipsó y hablar del unipolarismo internacional, que habría sólo una gran potencia, Estados Unidos. Eso puede ser así en forma transitoria, porque Rusia está llevando a cabo un reordenamiento transitorio y parte de ese reordenamiento se basa, como bien lo señala el libro de Jaime, en toda una explosión de nacionalismos, que dieron origen a**

muchas de las otras repúblicas, algunas de las cuales están en pugna entre ellas o en pugna con Rusia o en otras situaciones de suyo complejas. Pero esos propios nacionalismos están también en la raíz histórica de Rusia y han sido parte de su fuerza en el plano internacional.

Y aquí es donde hago la ligazón con la segunda gran polémica en la que participa Jaime Antúnez, quizás ésta de manera inconciente. Se ha sostenido la tesis, por un historiador americano, Paul Kennedy, la tesis del fin de los imperios, desde los imperios históricos (España, Napoleón, Rusia y también Estados Unidos), en cuánto a que incurrirían en una determinada etapa de sobre extensión estratégica, comprometiendo recursos más allá de sus medios —presencia militar en el mundo, capacidad bélica, nuclear hoy día, y otras manifestaciones—, que por ir más allá de sus medios, determina un proceso gradual de decadencia. Entonces, frente a esa tesis, **lo que estamos viendo es que efectivamente la Unión Soviética sufrió, tal como lo anticipó Paul Kennedy, el fenómeno de explosión; pero hoy día Rusia, a la luz de su antecedente histórico y de lo que se ve, no es que haya desaparecido, sino que está en una fase de repliegue estratégico en función de su reordenamiento.**

En esto han influido, a mi modo de ver, dos órdenes de factores, que aparecen sumamente claros en este libro, pero a veces no directamente relacionados con ese papel internacional. El primero es el factor interno, lo que el libro describe con mucha propiedad en términos de la fuerza que proviene de la Rusia interior, incluyendo su tradición oriental, y que la hace distinta de la Europa occidental: todo es actitud de contemplación y de fuerza frente a la actitud de tensión y desilusión de culturas occidentales. Esto, por lo demás, está muy bien reflejado en la edición del libro, donde aparece por una parte un icono, en la

página 82, qué es expresión de gran calma y de gran placidez, y al poco andar aparece también una pintura religiosa europea occidental, que muestra crisis y dimensiones de angustia; son expresiones del arte, pero que reflejan el espíritu de una sociedad. Ese es un factor interno, unido a otros elementos de nacionalismo y de rescate de creatividad, que está presente en este reordenamiento y posible relanzamiento ruso en el futuro.

Y hay también un orden de factores externos, que está claramente expuesto en el libro de Jaime. El primero es la visión extraordinaria que tuvo el Papa Juan Pablo II cuando —por dimensiones espirituales y por su experiencia en Polonia, tierra que, como mencionaba, era la que relacionó a la Europa occidental tradicional con la Rusia histórica— **comprendió el fenómeno, lo anticipó y pudo verdaderamente pronosticar cuál era el fin de una sociedad, de un tipo de gobierno que estaba basado en criterios y en valores que eran enteramente antitéticos con esa tradición y con su energía y fuerza espiritual.** Y si a alguien le podía caber alguna duda, hay otra foto famosa en el mundo, pero también muy apropiadamente recogida en la edición del libro, en la página 25, **una foto del día primero de mayo de 1990, en la Plaza roja, contra el telón de Marx, Lenin y algunos patriarcas del comunismo, una foto de las muchedumbres llevando un Cristo crucificado en una procesión.** Eso lo decía todo, no había que ser adivino ni había que realizar una especulación para comprender hacia donde se dirigía esa sociedad. Debo mencionar que, junto con esa visión del Papa Juan Pablo II, hubo otra persona que la tuvo, más criticada, porque naturalmente se trataba de un líder contingente, que fue el presidente Reagan en los Estados Unidos. El presidente Reagan lanzó toda su política de la “guerra de las galaxias”, con una enorme inversión por la cual Estados Unidos está pagando hasta el día

de hoy. Pero la lanzó con el fin expreso de provocar a Rusia en una carrera armamentista que Rusia no estaba en condiciones de resistir, y tanto no estuvo en condiciones de resistir que entró en el proceso de crisis que estamos describiendo.

¿Qué es lo que cabe esperar, a mi modo de ver, hacia el futuro? (Y el libro de Jaime también lo insinúa).

Primero, **a la luz de los antecedentes históricos, no me cabría ninguna duda de qué va a haber en Rusia un gobierno fuerte.** Ya el referéndum a que se refirió Olga lo está mostrando en alguna medida. **Va a haber una reagrupación de fuerzas políticas, porque es la tradición que ha tenido siempre Rusia en sus momentos de crisis, que los ha habido muchos. Tras una crisis violenta y profunda surge Iván el Terrible, o tras un fenómeno similar surge Pedro el Grande o Catalina de Rusia, todas autoridades fuertes. Esa reagrupación, a mi modo de ver, se está manifestando y va a ser la que va en definitiva a predominar.** Y en ese sentido, de paso, menciono que el papel débil de Gorbachov, que también lo refleja el libro, estaba destinado de antemano al fracaso, porque era un esfuerzo genuino, pero un esfuerzo que no tenía destino desde el punto de vista de tratar de conciliar un sistema que no funcionaba con una modernización que tampoco funcionaba, y era contrario a la tradición. **Pero lo que me parece más interesante es señalar, en conclusión, es que así como va a haber ese gobierno fuerte, esa reagrupación y ese reordenamiento, va a haber con seguridad una proyección internacional rusa nueva, porque está en su geografía y está en su historia. Y en ese sentido es que, como manifestaba al comienzo, quizás no es un problema de fin de la historia y de comienzo de la historia, sino que de reencuentro de Rusia con su historia.**

Jaime Antúnez Aldunate

*Jaime Antúnez Aldunate (n. 1946), editor Artes y Letras de El Mercurio 1980 - 1995. Miembro de número de la Academia de Ciencias Sociales, Políticas y Morales del Instituto de Chile; actualmente Presidente de la misma.

Yo quisiera decir —y me parece que de esta manera entro en lo que a mi juicio es el nudo del tema, el nudo del libro— porqué escribí el libro.

Soy una persona que por mi profesión viajo mucho, he recorrido una infinidad de países, entrevistando a personas eminentes y a personas corrientes, de las más diversas culturas, y debo decir que ninguna experiencia de viaje fue para mí tan impresionante, tan fuerte y tan enriquecedora como la que se origina en los que hice a los países del Este, quiero decir a Europa Central y a Rusia, muy especialmente. La verdad es que el recoger esta experiencia, el madurar esta experiencia significó para mí una suerte de verdadero comienzo. De ahí quizás que me surgiera la idea del título del libro; en ningún caso por entrar en debate con Fukuyama (aún cuando algo tenía que ver el desarrollo de mi tema con el planteamiento de Fukuyama, desde un punto de vista muy diverso por cierto).

Me pregunté yo así, enseguida, que hacía que los rusos fueran no sólo un pueblo tan afable y tan grato de tratar, sino también un pueblo tan afín con la cultura e incluso con la religión, y dejo aparte aquí los contactos que pude haber tenido con representantes de la jerarquía ortodoxa o de la jerarquía católica. Fue interesante, en efecto, a los pocos días de estar en Moscú, reunirme en la Facultad de Física de la Universidad de Lomonosov con un grupo de alumnos de tercer año, de los cuales sólo

uno tenía una abuela cristiana, que estaba interesada en que él se bautizase —los temas no tenían vínculo alguno con ninguna religión organizada—, para constatar cómo la conversación, versando sobre los aspectos más diversos, constantemente se dirigía a la cuestión religiosa. Las metáforas que ellos usaban para explicar asuntos de índole cultural siempre hacían alusión a temas religiosos, y desde luego se veía y se podía observar en ellos un alto quilate cultural. Yo tuve la suerte de estudiar en Europa, y puedo decir que mis compañeros de estudios y los colegas de universidad no tenían el nivel cultural, en temas humanísticos, que yo pude observar en esos estudiantes de física, que además no es una carrera humanística. Es decir, ellos conocían muy bien toda su literatura, toda su pintura, todo su pasado, pero no sólo el de ellos sino que también el europeo. Y tanto a mí como a un colega periodista que me acompañó en el viaje nos hizo asombrarnos verdaderamente el nivel a que una conversación con esta gente podía llegar. Esto pude, asimismo, irlo constatando en las conversaciones diversas que tuve con distintas personas, especialistas en determinadas materias o artistas, lo que fuera.

Una cosa que muy rápidamente me llamó la atención, y por contrapunto con lo que uno constantemente ha estado escuchando o lo que ha sido el prisma de análisis de las realidades del mundo comunista visto desde Occidente —nosotros hablábamos siempre desde el mundo de la libertad, desde el mundo libre, frente al mundo oprimido— es que los rusos, desde luego no se consideraban carentes de libertad, sino que tenían una idea de la libertad distinta de la nuestra. Es decir, ellos, por de pronto, daban por hecho que libertad política no habían tenido nunca, ni durante el régimen comunista, en que habían sido indudablemente subyugados y maltratados en este campo, más que en ningún otro periodo de su historia, pero tampoco

antes, y entre tantos y continuaban cultivando algo que llaman *libertad interior*. Y esto también lo pude observar en jóvenes, en críticos, en pintores, para por fin escuchar la formulación más completa de ello en Tatiana Goritcheva, una muy conocida disidente que ha vivido también en Occidente. Ellos conciben la libertad como una realidad espiritual interior; es algo, hasta donde yo conozco, propio de la espiritualidad ortodoxa, algo que es bastante afín con esa espiritualidad. Sin embargo, es algo que está muy adentrado en la cultura rusa. Y fue así, poco a poco, que se me abrieron los ojos, en el contacto con esta realidad, con lo más propio del hombre ruso, como muy bien ponderó monseñor Bernardino Piñera. Realmente llegando a un contacto muy directo con el hombre de esas tierras, la conversación con ellos pudo ser luminosa para entender entonces esta realidad.

Ahora, algo de lo más interesante fue poder irme dando cuenta del profundo desencuentro cultural entre este orbe en que ellos viven y han vivido desde siglos y la realidad ideológica que les fue impuesta. Es decir, me dio la impresión, muy rápidamente —a pesar de que caminando por las calles de Moscú de pronto uno veía un sobrerrelieve, en un edificio residencial o de oficinas, con unas figuras musculosas, y una leyenda escrita en letras cirílicas que decía: “aquí construimos el comunismo”—, me dio la impresión, repito, que la ideología comunista, a pesar de 74 años de imperio, no había logrado en Rusia hacerse cultura. Había dejado a la cultura rusa malherida, eso es indudable. Baste decir, por ejemplo, que en este grupo de jóvenes al que hacía recién referencia ninguno tenía nociones muy claras en lo religioso y su información ética estaba confundida por patrones que les eran enseñados en la universidad según los esquemas entregados por el Partido. No obstante, había más allá de todo eso un trasfondo de cultura que al parecer

se transmitía de generación en generación, por las familias, y que hacía que la realidad rusa continuase siendo algo distinto, mucho más vinculada a las realidades del espíritu, que lo que uno podría haberse imaginado siguiendo el dictamen de los estereotipos más divulgados en Occidente.

¿Cómo se explica esto? Al último, pienso yo, por el hecho de que lo que vivió políticamente durante este siglo Rusia, es la expresión ideológica más radical de un contexto cultural que le es ajeno, el de la Ilustración, del cual se desprenden vertientes agnósticas, vertientes ateas. De una de sus vertientes ateas más radicales nace esta formulación ideológica que se impone, a partir del año 1917, en la llamada revolución de octubre. Pero ello sucede en un mundo que es de origen Greco cristiano, bizantino, que no ha tenido el Renacimiento ni ha tenido la Ilustración, que sigue además siendo lo que siempre fue, y que no tiene ninguna fórmula de enlace con este proceso ideológico racionalista que proviene de Occidente, cuya expresión ideológica más radical nace en el confín de Alemania y Francia y se impone políticamente en Rusia en el año 1917. Esta imposición, a mi juicio, hace las veces de una lápida. Una lápida que produce el efecto de qué el pueblo ruso durante todo este siglo, no encontrando fórmula de enlace con esta situación que él era impuesta, viviese más bien de sus raíces culturales, raíces de profundo contenido espiritual e incluso religioso. Curiosamente, el secularismo que hay invadido la cultura de este siglo —especialmente en nuestro hemisferio— parece así haberles tocado menos. De ahí tal vez ese cierto frescor que se percibe en el contacto con el mundo ruso. No nos imaginemos un cuadro de paraíso ni situaciones idealizadas, pero hay un cierto frescor que contrasta con una modalidad racionalista cansada, muy prevaleciente en el mundo occidental.

Me parece a mí que, sin duda, es un elemento interesante a considerar, como factor que apoya esta formulación, el hecho de qué en todo un siglo —ó en 74 años— en un pueblo indudablemente muy inteligente, como es Rusia, con una gran cultura, no hubo ningún gran teórico —fuera de Lenin, el fundador—, ningún gran teórico de la filosofía marxista. En tanto si esta filosofía, que tuvo su imperio político allá, alcanzó un amplio desarrollo en Occidente: desde Gramsci, la escuela de Frankfurt, Adorno, Habermas, Marcuse, Sartre hasta los teólogos de la liberación. A pesar del talante pensante, de su profunda cultura, de una potente inteligencia, Rusia no entregó ningún Soloviev, ningún Berdaiev de la doctrina comunista. Y otro tanto, a mi juicio, sucede por extensión en los países de Europa central, que también —y éste ya sería un fenómeno un poco más largo y complejo de analizar— a partir de Yalta sufren una suerte de congelamiento, y tampoco de estos países surge ningún gran pensador en dicha dirección. Es ese desencuentro, a mi juicio, el que hace que estos pueblos hayan seguido viviendo de su propia raíz cultural, que es una raíz de profundo valor espiritual. Tal situación, por su parte, nos permite, no en el corto plazo pero si en el mediano o en el largo plazo, augurar esperanzas de que, una vez que resuelvan su situación política y logren una formulación adecuada, sea por la vía de un régimen autoritario, como supone Francisco Orrego, sea por otra fórmula, puede entonces este fondo cultural, este fondo de alma de ellos, florecer y expandirse, y ser incluso una inyección de espíritu para el mundo occidental, que mucho lo necesita. _____

INTERVENCIONES DEL PÚBLICO

—**Felix Schwartzman (escritor y académico):** Conuerdo con todo lo que se ha dicho acerca de la obra de Jaime Antúnez, pero quiero señalar solamente lo siguiente. Que veo yo como trasfondo de la obra una advertencia —algo de ello ya se dijo—. Es decir, ese cántico triunfalista de Occidente frente al derrumbe de Oriente me parece revelar una profunda falta de conciencia histórica, peligrosísima. Yo pienso que si no por las partes de que consta, por la relación entre las partes, Occidente está tan gravemente aquejado como lo estuvo Rusia. En el fondo, eso es lo que dice Antúnez, me parece a mí, porque a menudo se deja entrever que los rusos mismos critican la democracia, le temen a la democracia, es decir, por una especie de intuición muy particular, de tipo histórico, entrevén que no puede ser un salvacionismo lo que caracteriza a Occidente.

De manera que hay la duda, aunque se pide amparo, pero hay la duda. Es una advertencia, porque si se señala, como yo lo he señalado en una obra que se llama “El libro de las revoluciones” —qué tiene alguna afinidad con el libro de Antúnez—, que si el marxismo supone la frustración de una larga tradición occidental, la Ilustración, nosotros estamos dentro de esa frustración y dentro de esa tradición. La extrapolación de la economía de mercado —y lo ha dicho Juan Pablo II— a lo infinito, sencillamente enfrenta al hombre a la más profunda de las crisis que haya tenido que vivir, y esto ya ha comenzado a actualizarse aquí en Chile, con una competitividad que primero parece inocencia, juego trivial de competencia, pero que en el fondo está actualizando riesgos gravísimos. _____

–**Eduardo Gomien (ingeniero y ex ministro de Estado)**: Una pregunta pragmática dentro del aspecto político que ustedes han mencionado. Es lo siguiente: el costo. Aquí nosotros pudimos ver el problema que hubo para poder transformar una política económica semisocialista de Estado a una política semiabierta, porque todavía el control total de la moneda sigue en manos del Banco Central. ¿Cómo se maneja aquello en un país tan grande como Rusia? Dos, con tanta dificultad de comunicación. Tres, con una absoluta falta de capacidad diferencial y de producción. Cuatro, con un cambio absoluto de un régimen de mano firme a justamente que cada uno haga lo suyo. O sea, a mí me complica la manera de poder hacer realidad este cambio entre un pueblo que ha estado siempre acostumbrado a que lo manden, y quiere que lo manden, y que lo manden bien, y que en un momento dado le dicen: “Mire ahora por usted, y produzca”.

–**Olga Ulianova (historiadora)**: Me parece un problema realmente muy importante. Todo cambio implica un costo. En un país muy grande, los problemas por consiguiente también son muy grandes y los costos son mayores. Ahora, lo que tal vez uno puede pensar: ¿cuál costo sería mayor, el costo de los cambios o el costo de intentar dejar las cosas como estaban?

"Mi Época Recién Comienza", Dice Mijaíl Gorbachov

Abogó por un nuevo Ejecutivo y Constitución en Rusia.

LISBOA, 30 (EFE) — El ex Presidente soviético Mijaíl Gorbachov afirmó que "mi época recién comienza", en una entrevista exclusiva que hoy publicó el "Diario de Noticias" de Lisboa.

"Francamente, no me gustaría presentarme como vehículo de una política insular, aislacionista, pues me considero integrado en el proceso político real", expresó.

"Sería impensable vivir fuera de la política, pasando el tiempo, no sé, a criar abejas", señaló Gorbachov.

El ex Mandatario soviético manifestó que todo el proceso que él comenzó constituye su vida, y que, por ello, sigue dedicándose a la política, aunque consideró que la pregunta sobre una candidatura suya a la presidencia rusa no tiene actualidad.

A este último respecto subrayó que, en su opinión, en Rusia se debe elaborar una nueva política, con la formación de un nuevo Ejecutivo y Constitución. "Sólo después de esto muchas cosas se tornarán claras", agregó.

"En lo que a mí se refiere, soy una persona que puede vivir sin ocupar un puesto gubernamental", dijo.

También expresó la certeza que, aunque sea imposible reanimar a la URSS en su antigua forma y a pesar de los esfuerzos para separar a sus pueblos, de pérdidas, heridas y en ruinas, el país continúa viviendo.

"Cuando hablo de esto oigo decir: Gorbachov es un hombre del pasado. Por el contrario, la época de Gorbachov está lejos del fin, está sólo comenzando. Lo que fue concebido en 1985, se materializa ahora. He ahí, por qué sigo en política", concluyó el ex Presidente soviético.

"El comienzo de la historia de Mijaíl Gorbachov" (EFE & página de Lisboa, 31.12.92)

A comienzos de diciembre de 1992, el ex Presidente soviético Mijaíl Gorbachov, visitó Santiago de Chile, ocasión en que recibió como obsequio el libro EL COMIENZO DE LA HISTORIA, en cuyas páginas Jaime Antúnez describe el momento vivido entonces por Rusia y Europa Central. El mismo mes de diciembre, el propio Gorbachov, declaró al "Diario de noticias" en Lisboa, Portugal: "mi historia recién comienza".



FIN DE LA UNIÓN SOVIÉTICA.

Once repúblicas formaron una nueva Mancomunidad de Estados Independientes, y señalaron al Presidente Mijaíl Gorbachov que tanto su puesto como la URSS dejaron de existir. Fué el Acuerdo de Belavezha firmado el 8 de diciembre de 1991 por los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia; la bandera soviética fue arriada en el Kremlin al fin de ese mes. En la imagen, el Presidente ruso Boris Yeltsin firma el documento.

TRES AÑOS DESPUÉS ...

... en Agosto de 1994, Jaime Antúnez fue invitado a Moscú por el embajador de Chile ante el Kremlin, James Holger —enviado a esa capital en primera instancia por el Presidente Aylwin, a comienzos de 1992, para solucionar el “caso Honecker”— realizando ambos un periplo de varios días que serviría al autor de *El comienzo de la historia* para cotejar, después de tres años, las realidades descritas y analizadas en su libro.

Las apreciaciones de dicha visita a Moscú quedaron reflejadas en la página “Tribuna Abierta” del diario español ABC, en sus ediciones de Madrid y Sevilla, publicada el viernes 26 de agosto de 1994, que a continuación se reproduce.



*El autor Jaime Antúñez y el embajador en Moscú James Holger
ante el monumento a los hermanos Cirilo y Metodio.*

IMPRESIONES DESDE MOSCÚ

Por Jaime Antúñez Aldunate

Muy cerca del Kremlin, existe en un rincón entreverado de calles la iglesita de *Todos los Santos*, en Kulishki. Aquí se detuvieron en 1380 los ejércitos rusos que habrían de derrotar a los mogoles en la famosa batalla de Kulikovo, iniciándose entonces el ocaso de éstos. Es uno de los tantos templos que hoy se encuentran en proceso de restauración para ser retornados al culto ortodoxo. Al frente, en una hermosa y arbolada plaza, se ha erigido hace poco un monumento en el buen estilo de la estatuaria tradicional rusa, a los santos Cirilo y Metodio, evangelizadores de los eslavos. Atravieso para sentarme a la sombra y poner en el papel estas impresiones muy personales relativas a los cambios que observo en un primer contacto con este país, después de tres años.

Por de pronto, y a diferencia de como sucedía antes, no ha sido fácil llegar hasta aquí desde el apartado Kuskovo [Embajada de Chile], donde permanezco. Las anchas avenidas, que todavía en 1991 estaban ocupadas por escasos automóviles, hoy se ven repletas, y hay horas de atascos similares a los de todas las ciudades modernas. Trátase en su gran mayoría de automóviles de segunda mano provenientes del resto de Europa, proporcionados seguramente por el extendido mercado negro. Tanto movimiento requeriría, es evidente, una adecuada manutención de los pavimentos, pero esto en las condiciones económicas imperantes parece no resultar posible. La consecuencia es que

dichas calles son actualmente, en ciertos tramos, un verdadero atentado a la seguridad de los transeúntes.

A esta ambigua señal de prosperidad de la población se suman otras que me han relatado algunas de las personas con que he conversado. Es, por ejemplo, difícil hoy conseguir, me dicen, algún albañil disponible para arreglos de una casa. En este país en que la tasa no declarada de cesantía puede llegar al 30 por 100, dichos albañiles están todos ocupados en la reforma interior de las vetustas residencias de la gente que ha hecho dinero. Edificaciones nuevas, sin embargo, sólo pueden contarse con los dedos de una mano...

Estas impresiones visuales no son, empero, más que un pálido reflejo de otras transformaciones que podríamos denominar de índole interior.

Hablo con una de las primeras jerarquías del Ministerio de Cultura de Rusia. Por su apariencia y por el inglés con que se empeña en desarrollar la conversación —la mayoría de los interlocutores prefiere usar el traductor ruso— podría confundirse con un homólogo europeo occidental, no así en cambio por los excesos de «novato» de que hace gala. Para este señor ubicado en un cargo tan gravitante en las cuestiones del espíritu sólo interesan, en efecto, diversas iniciativas relativas al espectáculo pero nada significa, por ejemplo, la abismal disminución de la lectura que se observa en la población rusa. Le hago mención al caso de las revistas literarias —«Novy Mir», «Druzhba Narodov», «Ogoniok», etcétera— que tres años atrás tenían tiradas de más de dos millones de ejemplares y que hoy apenas sobreviven con cincuenta mil. Acudo al síntoma que ofrece la venta de libros, a la poca salida que están teniendo los otrora populares clásicos rusos y extranjeros, en contraste con la proliferación de publicaciones sobre esoterismo y pornografía. Aludo a la vasta popularidad alcanzada por

las telenovelas mexicanas y brasileñas en la televisión. He aquí su respuesta, digna de registrarse: la lectura, según este responsable de la cultura, era una evasión necesaria para el pueblo en los tiempos del totalitarismo, pero ella ha sido reemplazada hoy —me dice— por el conocimiento directo de «la realidad»...

Horas después cenaré con el poeta Evtuchenko, quien no cabe en sí con lo que le cuento. «¿De manera que leer a Dostoiewski es hoy una evasión?», reclama indignado. Y agrega algunos comentarios acerca de la índole de las personas que ocupan los cargos con capacidad decisoria hoy en Rusia.

Aquí, como en otros momentos, puede sentirse un fuerte distanciamiento entre la «intelligentsia» rusa y el «establishment» político. Al mismo jerarca del Ministerio de Cultura le he escuchado referirse en términos sumamente críticos al retorno de Alexander Solzhenitsyn a Rusia, lo que arroja una sombra de duda acerca de la pública benevolencia manifestada por el presidente hacia el premio Nobel de Literatura, actualmente ya en Moscú.

Tengo la impresión de que, en general, en estos círculos pensantes empieza a consolidarse la imagen de los estamentos político y económico como una nueva «Nomenklatura», perseguidora de sus pequeños intereses propios, sin visión de conjunto. Han cambiado el discurso y hasta cierto punto el estilo, pero no su disposición interior. La pertenencia de la casi totalidad de dichos estamentos a la antigua «Nomenklatura» educada en el materialismo dialéctico hace, desde luego, que dicha apreciación no sea tan inverosímil. A partir de aquí se entienden bien los juicios de Solzhenitsyn respecto de la falacia que aprisiona a la naciente democracia rusa.

En un contexto de desencuentro entre las realidades económicas prácticas y una institucionalidad precaria o completamente

ausente, los índices que arroja la economía son alarmantes. «The Moscow Times» publica estadísticas en las que se señala que la producción ha caído un 26 por 100 en los primeros cinco meses del año. Economistas y ejecutivos del régimen protestan diciendo que estas cifras del Comité Estatal de Estadísticas (Goskomstat) no miden adecuadamente las realidades del mercado negro. Y quizá tengan razón, pues los mismos cuadros acusan una suerte de esquizofrenia según la cual aumenta el consumo mientras declina la producción industrial.

En el Instituto de Economía Mundial y de Relaciones Internacionales de la Academia de Ciencias de Moscú converso con algunos especialistas que abundan en detalles acerca de una suerte de desgarramiento del tejido social que se percibe en Rusia. La proliferación de las mafias, la ausencia de sindicatos o de leyes que reglamenten el ejercicio de la propiedad privada ofrecen amplio espacio al caos. En las mismas industrias, virtualmente paralizadas en razón de que su producción obsoleta no sirve ya a nadie, los máximos directivos, paradójicamente, exhiben sueldos hasta treinta veces superiores a los que tenían hace dos años (no hace falta casi añadir que, en su casi totalidad, estos personajes han pertenecido a la antigua «Nomenklatura» y ahora a la nueva...).

En el campo de las ciencias y de los servicios públicos vinculados a ésta, la situación no es mejor. Así, por ejemplo, entre aquellos jóvenes que todavía aspiran a terminar sus carreras, es frecuente que los más capaces no piensan en ejercer. El trabajo profesional serio y estable es evidentemente menos remunerativo que las aventuras del mercado. Igual fenómeno incide en la perseverancia de los hombres de ciencia, resultando esto en la fuga de cerebros o en la deserción. Registro la situación para mí cercana de un matrimonio de médicos que conocí en viajes

anteriores: él, un competente jefe de rehabilitación en uno de los principales hospitales de Moscú y ella un excelente oculista, con sueldos no superiores a los 80 dólares mensuales, prefirieron trasladarse a los servicios de anestesista en una clínica de cirugía estética (lujos recién introducidos por los nuevos ricos...) y al comercio de lentes de contacto, donde ganan diez veces más. Para evaluar estas cifras conviene saber que Moscú, después de Tokio y Osaka, es hoy, según algunas encuestas, la tercera ciudad más cara del mundo.

Faltan en Rusia hoy auténticas autoridades morales que puedan hablar desde fuera del poder y en orden a una desinteresada búsqueda de la verdad. Capaces de orientar hacia el sentido común a una opinión pública cansada inmensamente confundida en el marco de esta sociedad sin perspectivas de futuro. Es la tarea titánica que Solzhenitsyn ha arrojado sobre sus hombros, generosamente, cuando ya cuenta setenta y cinco años. Pero a los nuevos liberales esto no les gusta.

Visito a la viuda de Sajarov, Elena Bonner, imaginando encontrar una explicación para esto, pero para gran sorpresa mía me cercioro de que está en lo mismo. Después de recorrer su departamento, donde guarda todos los recuerdos de su marido —quien ejerció una significativa autoridad moral en los tiempos de la URSS— nos sentamos a conversar y me declara que eso de las autoridades morales le parece una cosa de los tiempos socialistas... Hoy, según doña Elena Bonner, basta con un «Berlusconi», quien no es una autoridad moral (en esto estamos de acuerdo), para fundar una nueva república.

En las afueras de Moscú llego hasta la aldea de Peredelkino, creada en tiempos de Stalin para residencia de escritores. Allí se encuentra la casa donde vivió Pasternak, que es actualmente un museo dedicado a su obra. Mi objetivo, entre tanto, es

conversar con Sergei Zalyguin, director de «Novy Mir» y editor de Solzhenitsyn, quien desde hace décadas también vive en Pere-delkino. La conversación se extiende por horas en torno a un abundante té, seguido de champaña. Aunque de su relato ya daré cuenta en otra oportunidad, adelanto aquí el certero recuerdo que Zalyguin hace de las palabras de Konstantin Leontiev, escritor de fines del siglo XIX: Rusia habría indefectiblemente de caer en el socialismo, presagiaba entonces Leontiev, pero la tragedia vendría, agregaba, cuando hubiera de salir del mismo.

El cuadro que se observa parece darle razón.

No todo, sin embargo, es tan oscuro. Conversar con la gente común —traductores, chóferes, estudiantes, empleados— sirve para percatarse de que las cualidades del alma rusa —inteligencia, sentido de lo espiritual, conocimiento y amor por su cultura— no se han extinguido, a pesar de todo.

Será ello, me pregunto, lo que hace que transcurran los años y siga siendo siempre la Iglesia rusa la institución en la que, a mucha distancia, los habitantes de esta nación más confían. En efecto, según las encuestas cuenta ella siempre con más de un 50 por 100 de fiabilidad, contra no más de un siete por ciento al que alcanzan las instituciones públicas, Gobierno y partidos.

En el monasterio de Daniel, sede del patriarcado, converso con el arcipreste Feofan, quien en la última grave crisis entre los Poderes Ejecutivo y Legislativo tuvo, por encargo de Alexei II, que dar inicio a la delicada mediación. Me habla de Rusia, de su espiritualidad y de su cultura, de su interés por el mundo externo, pero a su vez del dolor que les produce la escoria que viene del extranjero, con gran daño para las costumbres del pueblo.

Muy cerca del venerable edificio que cobija la Alcaldía de Moscú, en pleno centro, me encuentro en la iglesia de San Cosme y Damián

con el padre George Cistjakov, uno de los discípulos del asesinado padre Men. Se ven en los muros las huellas de las reformas operadas para dismantelar la fábrica que ocupaba el espacio interior del templo. Se celebra el culto y se vive con pobreza. Y entre tanto hasta allí llegan gentes necesitadas y muchos jóvenes, entusiastas seguidores de la espiritualidad exigente del padre Men, que su discípulo sabe transmitirles. Así sucede también en otras partes.

«Todas las más terribles persecuciones en contra de nuestro pueblo por parte de un ateísmo de Estado militante; las mentiras y las acciones de propaganda ensordecedoras se han mostrado más débiles que la fe milenaria del pueblo», ha declarado Solzhenitsyn. El premio Nobel de Literatura 1970 ha atravesado en tren durante cincuenta y dos días todo el territorio nacional, desde Vladivostok a Moscú, tomando contacto directo con la gente y entregando siempre aliento a la población. Una vastísima campaña internacional, agitada por diarios y agencias occidentales, se empeña a fondo por desacreditarle. Evidentemente, no quieren la Rusia que Solzhenitsyn quiere.

Con un espacio menor, la pujanza de la Iglesia Católica en Rusia se muestra asimismo ejemplar. Atrás van quedando las dificultades con la Iglesia rusa, cuyo punto de mayor fricción se ubica en 1991. Se acaba de crear un comité permanente de cooperación entre confesiones cristianas que explícitamente se compromete a respetar la libertad religiosa. La obra del sacerdote holandés Werenfried van Straaten («Aide a l'Eglise en detresse») entregó recientemente una ayuda de mil dólares por cada uno de los seis mil sacerdotes ortodoxos de Rusia. «En lugar de tratar a Rusia como una tierra colonial de conquista espiritual, como lo hacen numerosas sectas, nosotros creemos que es necesario ayudar a la Iglesia Ortodoxa a reevangelizar y a recuperar el territorio perdido por Dios», explica el padre Werenfried.

Si tres años atrás la infatigable madre Teresa de Calcuta tenía casa en Moscú y se empeñaba por abrir otra en Armenia, hoy tiene ya quince casas repartidas en todo el extenso territorio de la ex Unión Soviética. Corresponden, según su intención, a los quince misterios del rosario. Su corazón misionero apunta ahora hacia China.

Durante setenta y cinco años sólo fue autorizado un templo católico en Moscú —bajo tuición francesa y únicamente para diplomáticos— pero ya hoy existe otro. Es la antigua iglesia de la comunidad polaca, una hermosa edificación gótica de ladrillo, la Inmaculada Concepción. Aunque legalmente entregada, hay todavía una fábrica construida por el Estado comunista en la parte superior del edificio, que no quiere abandonar sus bulliciosas instalaciones. En la planta baja, sufridos y pacientes, los fieles desarrollan el culto. Vi allí, al finalizar una tarde, a un numeroso grupo de jóvenes siguiendo con recogimiento el Via Crucis.

Converso largamente con el padre Bernardo, un sacerdote de Verona que ha venido hasta Moscú para fundar el seminario. Las dos aulas que ocupan los cerca de cuarenta seminaristas son dos modestas salas, una en la planta baja y otra en el subterráneo de la Inmaculada Concepción. Alojados en modestos departamentos de la cercanía. Todo estriba en una fuerte espiritualidad mariana y en una entrega total. Encargado por Roma de esta iniciativa, el padre Bernardo habla con entusiasmo de ella. «En mayo de 1999, si Dios así lo quiere, serán ordenados los primeros sacerdotes rusos después del comunismo», me dice con emoción. Viéndolo, se entiende bien que no es para menos.

J.A.A



